

VIRGINIA: Ahora sólo coloca trocitos de hielo sobre el agua. De ahí no pueden salir cosas malas.

SRA. SARTI: No sé. (*Entra Ludovico Marsili con ropa de viaje, seguido por un sirviente que carga algunas piezas de equipaje. Virginia corre a su encuentro y lo abraza.*)

VIRGINIA: ¿Por qué no me escribiste que ibas a venir?

LUDOVICO: Estaba en las cercanías inspeccionando nuestros viñedos de Bucciole y no pude dejar de acercarme hasta aquí.

GALILEI (*como miope*): ¿Quién es?

EL PEQUEÑO MONJE: Ludovico. ¿Cómo, no lo distingue?

GALILEI: ¡Oh, sí, Ludovico! (*Va a su encuentro.*) ¿Qué tal los caballos?

LUDOVICO: Están bien, señor.

GALILEI: Sarti, hay que festejar esto. Trae una jarra del vino siciliano, del añejo. (*La señora Sarti se va con Andrea.*)

LUDOVICO (*a Virginia*): Te encuentro pálida. La vida en el campo te hará bien. Mi madre te espera en setiembre.

VIRGINIA: Aguarda, te mostraré el vestido. (*Sale corriendo.*)

LUDOVICO: He oído decir que tiene usted más de mil estudiantes en sus cursos de la Universidad, señor. ¿En qué trabaja actualmente?

GALILEI: Lo de todos los días. ¿Pasaste por Roma al venir?

LUDOVICO: Sí. Antes de que me olvide: mi madre le envía sus plácemes por su admirable tacto delante de la nueva orgía de los holandeses con las manchas solares.

GALILEI (*seco*): Muchas gracias. (*La Sarti y Andrea traen vino y vasos. Todos se agrupan en torno a la mesa.*)

LUDOVICO: Roma tiene ya su novedad para febrero. Cristóforo Clavius expresó su temor de que el circo de las vueltas de la Tierra alrededor del Sol podía comenzar nuevamente por las manchas solares.

ANDREA: No hay por qué preocuparse.

GALILEI: ¿Hay alguna otra novedad de la Ciudad Santa que no sean esperanzas de nuevos pecados por mi parte?

LUDOVICO: Ustedes deben saber seguramente que el Santo Padre está moribundo.

EL PEQUEÑO MONJE: ¡Oh!

GALILEI: ¿De quién se habla como sucesor?

LUDOVICO: La mayoría, de Barberini.

GALILEI: Barberini.

ANDREA: El señor Galilei conoce a Barberini.

EL PEQUEÑO MONJE: El Cardenal Barberini es matemático.

FEDERZONI: ¡Un hombre de ciencia en la Santa Sede! (*Pausa.*)

GALILEI: Parece que ahora necesitan hombres que hayan leído un poco de matemáticas, como Barberini. Las cosas empiezan a moverse. Federzoni, todavía viviremos una época en la que nadie necesitará temer como un delincuente cuando diga: dos por dos son cuatro. (*A Ludovico.*) Este vino me gusta, Ludovico. ¿Qué te parece?

LUDOVICO: Es bueno.

GALILEI: Conozco el viñedo, la pendiente es escarpada y rocosa, la uva es casi azul. Yo adoro este vino.

LUDOVICO: Sí, señor.

GALILEI: Tiene sus pequeños defectos y es casi dulce, pero nada más que casi. Andrea, guarda todo eso: hielo, cubo y agua. Yo estimo los consuelos de la carne. No tengo ninguna paciencia con las almas cobardes que luego hablan de debilidades. Yo digo: gozar es un mérito.

EL PEQUEÑO MONJE: ¿Qué desea hacer?

FEDERZONI: Comenzaremos de nuevo con ese circo de las vueltas de la Tierra alrededor del Sol.

ANDREA (*tararea*):

Las Escrituras refieren que no se mueve
y los doctores demuestran que está quieta,
la cola del mundo coger el Papa debe,
pero igual se mueve nuestro inmóvil planeta.

(*Andrea, Federzoni y el pequeño monje se dirigen rápidamente a la mesa de experimentos y guardan los objetos.*) Tal vez podríamos descubrir que el Sol también se mueve. ¿Cómo le caería eso, Marsili?

LUDOVICO: ¿Por qué tanta excitación?

SRA. SARTI: ¡No creo que usted, señor Galilei, quiera comenzar de nuevo con esas cosas del diablo!

GALILEI: Ahora sé por qué tu madre te mandó a verme. ¡Barberini en el trono papal! El saber será una pasión y la investigación, una voluptuosidad. Clavius tiene razón, esas manchas solares me interesan. ¿Te agrada mi vino, Ludovico?

LUDOVICO: Ya se lo dije, señor.

GALILEI: ¿Pero te gusta realmente?

LUDOVICO (*tieso*): Sí, me gusta.

GALILEI: ¿Serías capaz de aceptar el vino o la hija de un hombre sin exigir que ese hombre renuncie a su profesión? Mi astronomía no tiene nada que ver con mi hija. Las fases de Venus no le alteran las asentaderas.

SRA. SARTI: No sea tan ordinario. En seguida busco a Virginia.

LUDOVICO (*la detiene*): Los matrimonios en familias como la mía no se realizan sólo por razones sexuales.

GALILEI: ¿Es que te han impedido durante ocho años casarte con mi hija mientras yo no absolviera mi tiempo de prueba?

LUDOVICO: Mi mujer tendrá también que hacer una buena figura en el banco de la iglesia de nuestro pueblo.

GALILEI: Ah, ¿tú quieres decir que tus campesinos harán depender el pago de los arrendamientos de la santidad de su ama?

LUDOVICO: En cierto modo, sí.

GALILEI: Andrea, Federzoni, traigan el espejo de latón y la pantalla. En ella haremos caer la imagen del Sol, para cuidar nuestros ojos. Es tu método, Andrea. (*Andrea se va.*)

LUDOVICO: Usted una vez afirmó en Roma que nunca más se mezclaría con ese asunto de las vueltas de la Tierra alrededor del Sol, señor.

GALILEI: Bah, en aquel tiempo teníamos un Papa retrógrado.

SRA. SARTI: Teníamos, dice, y todavía el Santo Padre sigue con vida.

GALILEI: Casi, casi. Dibujaremos una red de meridianos y paralelos en la imagen del Sol y procederemos metódicamente. Y luego podremos contestar algunas cartas. ¿Qué te parece, Andrea?

SRA. SARTI: Ahora dice "casi, casi". Cincuenta veces pesa el

hombre sus trocitos de hielo, pero cuando le conviene entonces sí que cree ciegamente. (*La pantalla es colocada.*)

LUDOVICO: Si Su Santidad llega a morir, señor Galilei, el próximo Papa —sea quien fuere y así sea grande su estima por las ciencias— tendrá que tener en cuenta el gran amor que le profesan las mejores familias del país.

EL PEQUEÑO MONJE: Dios creó el mundo físico, Ludovico, Dios hizo la mente humana, Dios permitirá también las ciencias físicas.

SRA. SARTI: Galilei, ahora quiero decirte algo. Yo he visto caer en pecado a mi hijo por esos "experimentos" y "teorías" y "observaciones" y no pude hacer nada contra eso. Tú te has levantado ya contra la superioridad y ellos te han advertido una vez. Los más altos cardenales te han hablado como si fueses un caballo enfermo. Eso surtió efecto por un tiempo, pero hace dos meses, pocos días después de la Inmaculada Concepción, volví a sorprenderte cuando comenzaste secretamente con esas "observaciones". ¡En la buhardilla! Yo no hablé mucho, pero en seguida me di cuenta. Corrí a prenderle una vela a San José. ¡Esto es superior a mis fuerzas! Cuando estoy sola contigo, das muestras de sensatez y me dices que sabes que tienes que comportarte con cordura porque corres peligro. Pero dos días más tarde: ¡experimentos! Y de nuevo estamos en las mismas. Si yo pierdo mi salvación eterna por ser fiel a un hereje, vaya y pase, ¡pero tú no tienes derecho de pisotear la felicidad de tu hija con tus enormes pies!

GALILEI (*gruñón*): ¡Venga ese telescopio!

LUDOVICO: Giuseppe, lleva el equipaje de vuelta al coche. (*El sirviente sale.*)

SRA. SARTI: Virginia no lo soportará. ¡Dígaselo usted mismo! (*Sale corriendo, la jarra todavía en la mano.*)

LUDOVICO: Señor Galilei, mi madre y yo vivimos nueve meses del año en nuestras posesiones en la Campania y podemos asegurarle que nuestros campesinos no se inquietan por sus tratados sobre los satélites de Júpiter. El trabajo de la labranza es demasiado pesado. Pero si llegaran a saber que algunos frívolos ataques a la sagrada doctrina de la Iglesia no son

castigados, eso sí que los perturbaría. No olvide usted que esos seres dignos de lástima, en su embrutecimiento, podrían llegar a revolverlo todo. Son realmente animales, usted no puede imaginarlo. En cuanto oyen el rumor de que en un manzano cuelga una pera, abandonan todo el trabajo para ir a parlotear.

GALILEI (*interesado*): ¿Sí?

LUDOVICO: Bestias. Cuando se acercan a la finca a protestar por cualquier pequeñez, mi madre se ve en la obligación de hacer azotar a un perro delante de ellos, porque sólo eso les hace recordar lo que debe ser la disciplina, el orden y la cortesía. Usted, señor Galilei, ve de cuando en cuando los florecientes maizales; usted come distraído nuestros quesos y nuestras aceitunas, sin tener la menor idea del esfuerzo que cuesta producir eso, ¡y la vigilancia!

GALILEI: Joven amigo, yo no como distraído mis aceitunas. (*Grosero.*) Me estás haciendo perder el tiempo. (*Grita hacia arriba.*) ¿Está lista esa pantalla?

ANDREA: Sí, ¿viene, pues?

GALILEI: ¿Ustedes no azotan a los perros solamente para mantener la disciplina, verdad, Marsili?

LUDOVICO: Señor Galilei, usted tiene una mente maravillosa. Lástima.

EL PEQUEÑO MONJE (*sorprendido*): ¡Lo está amenazando!

GALILEI: Sí, yo podría alborotar a sus campesinos al inducirlos a pensar. Y a su servidumbre, y a los capataces.

FEDERZONI: ¿Cómo? Si ninguno de ellos lee el latín.

GALILEI: Podría escribir en florentino para muchos, y no en latín para pocos. Necesitamos gente que trabaje con las manos para las nuevas ideas. ¿Quiénes son los que desean saber las causas de todas las cosas? Los que sólo ven el pan sobre la mesa, éstos no quieren saber cómo fue amasado. La chusma agradece antes a Dios que al panadero. Pero los que hacen el pan comprenderán que nada se mueve sin alguna causa que origine ese movimiento. Tu hermana, Fulganzio, en el lagar de aceite, no se sorprenderá sino que reirá cuando oiga que

el Sol no es un escudo dorado de la nobleza sino una palanca: la Tierra se mueve porque el Sol la mueve.

LUDOVICO: Por lo que veo, usted ha tomado su decisión. Así será siempre el esclavo de su pasión. Dispéñeme usted ante Virginia. Creo que es mejor que ya no la vea.

GALILEI: La dote queda siempre a su disposición.

LUDOVICO: Buenas tardes. (*Se va.*)

ANDREA: ¡Con saludos nuestros para todos los Marsili!

FEDERZONI: ¡Esos que ordenan a la Tierra quedarse quieta para que no se les vengan abajo los castillos!

ANDREA: ¡Para los Cenci y los Villani!

FEDERZONI: ¡Y los Cervilli!

ANDREA: ¡Y los Lecchi!

FEDERZONI: ¡Y los Pirleoni!

ANDREA: ¡Que sólo quieren besar los pies al Papa cuando pisotea al pueblo!

EL PEQUEÑO MONJE (*también junto a los aparatos*): El nuevo Papa será un hombre ilustrado.

GALILEI: Empecemos con la observación de estas manchas en el Sol que tanto nos interesan, pero a riesgo propio, sin contar demasiado con la protección de un nuevo Papa.

ANDREA (*interrumpiendo*): Pero con toda la seguridad de demostrar la falsedad de las sombras estelares del señor Fabricio y de los vapores solares de Praga y París y de demostrar la rotación del Sol.

GALILEI: Y con alguna seguridad de demostrar la rotación del Sol. Mi intención no es demostrar que yo he tenido razón hasta ahora, sino buscar si estoy verdaderamente en lo cierto. Y os digo: despojaos de todas vuestras esperanzas los que ahora comenzáis con las observaciones. Tal vez sean vapores, tal vez sean manchas, pero antes de que nosotros las aceptemos como manchas —lo cual sería muy oportuno— las consideraremos colas de peces. Sí, antes de comenzar volveremos a poner todo en duda. Y no andaremos con botas de siete leguas, sino milímetro por milímetro. Y lo que hoy encontraremos, mañana lo borraremos de la pizarra y cuando volvamos a encontrar lo mismo entonces sí que lo anotaremos. Si en-

contramos algo que corresponde a lo que descéibamos hallar, lo miraremos con especial desconfianza. Nos pondremos a observar el Sol con el decidido propósito de demostrar la inmovilidad de la Tierra. Y cuando fracasemos en esa empresa, cuando seamos derrotados por completo y estemos lamiendo nuestras heridas en el más lamentable de los estados, entonces sí que comenzaremos a preguntarnos si en verdad no habíamos tenido razón antes, es decir, que la Tierra se mueve. (Con un gruñido.) Pero si cualquier otra hipótesis como ésa se deshace entre nuestras manos, entonces sí que no tendremos compasión con aquellos que nada han investigado pero que hablan. ¡Quítá el paño del antejo y enfoca el Sol! (Coloca el espejo de latón.)

EL PEQUEÑO MONJE: Yo sabía que usted ya había comenzado con el trabajo. Me di cuenta cuando no reconoció al señor Marsili. (Comienzan a trabajar en silencio. Cuando la resplandeciente imagen del Sol aparece en la pantalla, llega Virginia corriendo vestida de novia.)

VIRGINIA: ¿Lo has echado, padre? (Se desmaya. Andrea y el pequeño monje se apresuran a auxiliarla.)

GALILEI: Tengo que saberlo.

EN EL DECENIO SIGUIENTE, LAS TEORIAS DE GALILEI SE DIFUNDEN EN EL PUEBLO. PANFLETISTAS Y CANTORES DE BALADAS RECOGEN LAS NUEVAS IDEAS POR DOQUIER. EN EL CARNAVAL DE 1632, MUCHAS CIUDADES ELIGEN A LA ASTRONOMIA COMO MOTIVO PARA LAS COMPARSAS DE SUS GREMIOS

Una pareja de comediantes semihambrientos, con una chiquilla de cinco años y un niño de pecho, llegan a una plaza donde un gentío, en parte disfrazado, espera el desfile de carnaval. Los dos arrastran atados de ropa, un tambor y otros utensilios.

EL CANTOR DE BALADAS (con redobles de tambor): ¡Honrables vecinos, damas y caballeros! Antes de que comiencen a desfilar las comparsas de los gremios en esta noche de carnaval, ejecutaremos la última canción florentina que todo el norte de Italia canta y que nosotros hemos importado hasta aquí a pesar de los enormes costos. Se titula "La horrible teoría del señor físico real don Galileo Galilei" o "Una prueba de lo que vendrá". (Canta:)

El Todopoderoso, con don creador,
dar vueltas a la Tierra al Sol ordenó.
Y una lámpara a su vientre colgó
para que girara como un buen servidor.
Porque era su deseo ferviente
que en torno al señor se afanara el sirviente.
Y entonces los pobres menesterosos
en torno a los poderosos comenzaron a girar.
Y en torno al Papa giraban los cardenales.
Y en torno al cardenal giraban los arzobispos.
Y en torno al arzobispo giraban los sacristanes.

Y en torno al sacristán giraban los secretarios.
Y en torno al secretario giraban los artesanos.
Y en torno al artesano giraban los servidores.
Y en torno al servidor giraban los ganapanes,
las gallinas, los pobretes y los canes.

Este es, distinguido público, el orden consumado, ordo ordinum, como dicen los señores teólogos: regula aeternis, la regla de las reglas. ¿Pero qué sucede, mi estimado público? *(Canta.)*

Llega entonces el doctor Galilei
(tira la Biblia, sacude su antejo
y lo dirige hacia el ignoto universo).
Y ordena al astro rey detenerse.
Porque la inmóvil creatio dei
debe dar vueltas, girar y moverse.
Correrá entonces la rica señora
y su criada actuará de espectadora.

¿Qué decís de esto? Es tremendo, pero no es broma.
La servidumbre se torna cada día más insolente.
Y una cosa es cierta, hablemos en nuestro idioma:
¿Quién ni sueña hoy con tener su propio sirviente

El criado se hará holgazán; la criada, fresca.
El perro del gendarme engordará.
El monaguillo marchará a la pesca.
El aprendiz en cama quedará.

¡No, no, no! Con la Biblia, señores, no hagáis bromas.
La cuerda de la horca se romperá si no es resistente.
Y una cosa es cierta, hablemos en nuestro idioma:
¿Quién no sueña hoy con tener su propio sirviente?

Y ahora, mis buenos vecinos, mirad un poco en ese futuro
que anuncia el doctor Galilei. *(Canta.)*

Dos amas de casa en el mercado
no se explicaban lo que veían.
La pescadera tomaba un pescado
y junto con un pan se lo comía.

El albañil, los hoyos ya cavados,
levantaba afanoso la mampostería.
Cuando estuvo todo terminado
se metió adentro con sabiduría.

¿Es posible esto? No, no, no, aquí no hay broma.
La cuerda de la horca se romperá si no es resistente.
Y una cosa es cierta, hablemos en nuestro idioma:
¿Quién no sueña hoy con tener su propio sirviente?

El campesino, sin consideración,
pega a su señor en el trasero.
Y ahora la leche que daba al clero
sus niños beberán con fruición.

¡No, no, no! Con la Biblia, señores, no hagáis bromas.
La cuerda de la horca se romperá si no es resistente.
Y una cosa es cierta, hablemos en nuestro idioma:
¿Quién no sueña hoy con tener su propio sirviente?

LA MUJER:

En el pecado caí
y a mi marido dejé
por ver si un astro fijo
encontraba por ahí.

EL CANTOR DE BALADAS:

¡No, no, no, Galilei, ya basta! Termina la broma.
Que el perro sin bozal es capaz de morder a la gente.
Pero una cosa es cierta y bien lo sabe Roma:
¿Quién no sueña hoy con tener su propio sirviente?

AMBOS:

Los que en la tierra sufrís
reuníos todos juntos
y aprended de Galilei
el abc de la dicha en el mundo.

EL CANTOR DE BALADAS: Vecinos, mirad el fenomenal descubrimiento de Galileo Galilei. ¡La Tierra gira alrededor del Sol! *(Bate fuertemente el tambor. La mujer y la chiquilla se adelantan. La mujer sostiene un tosco dibujo del Sol. La chiquilla, con una calabaza en la cabeza —imagen de la Tierra—, da vueltas alrededor de la mujer. El cantor señala con grandes ademanes a la chiquilla, como si ésta fuera a realizar un peligroso salto mortal, ya que camina hacia atrás, al compás de los redobles del tambor. Luego, se oyen desde atrás otros tambores.)*

UNA VOZ PROFUNDA: ¡Las comparsas! *(Entran dos hombres con harapos, tirando un pequeño carro. Sobre el mismo está sentada, en un ridículo trono, una figura con una corona de cartón y vestida de arpillera que espía por un telescopio. Sobre el trono, un letrado: "Buscad el disgusto." Más atrás vienen cuatro hombres enmascarados que llevan un gran lienzo, con el que arrojan al aire un muñeco que representa un cardenal. Un enano se ha colocado a un lado con un letrado: "La nueva era." De la multitud sale un pordiosero que levanta en alto sus muletas y se pone a bailar pateando en el suelo hasta que cae con gran ruido. Luego, entra un enorme muñeco que hace reverencias al público: Galileo Galilei. Delante de él un niño con una enorme Biblia abierta, con las páginas tachadas.)*
EL CANTOR DE BALADAS: ¡Galileo, el triturador de la Biblia!

1633: EL FAMOSO INVESTIGADOR RECIBE ORDEN DE LA INQUISICIÓN DE TRASLADARSE A ROMA.

Antesala y escalera en el palacio de los Médici en Florencia. Galilei y su hija aguardan ser recibidos por el Gran Duque.

VIRGINIA: Es larga la espera.

GALILEI: Sí.

VIRGINIA: Ahí está de nuevo esa persona que nos siguió hasta aquí. *(Señala a un individuo que pasa de largo sin mirarla.)*

GALILEI *(cuyos ojos han sufrido)*: No lo conozco.

VIRGINIA: Pero yo sí lo he visto muchas veces en los últimos días. Siento miedo.

GALILEI: ¡Pamplinas! Estamos en Florencia y no entre bandidos corsos

VIRGINIA: Ahí viene el Rector.

GALILEI: A ése le temo. El estúpido me enredará de nuevo en una conversación sin fin. *(El señor Gaffone, Rector de la Universidad, viene bajando la escalera. De pronto se asusta al ver a Galilei y pasa tieso delante de ellos, la cabeza contraída espasmódicamente hacia otro lado. Saluda con un movimiento de cabeza apenas perceptible.)*

GALILEI: ¿Qué le pasa a éste? Mis ojos están hoy de nuevo mal. Pero ¿saludó por lo menos?

VIRGINIA: Apenas. ¿Qué has escrito en tu libro? ¿Es posible que lo consideren hereje?

GALILEI: Tú estás muy metida con la Iglesia. El madrugar y el correr a la misa te estropea la tez. ¿Rezas por mí, Virginia?

VIRGINIA: Ahí está el señor Vanni, el fundidor, para quien tú proyectaste aquella planta de fundición. *(Por la escalera ha bajado un hombre.)*

VANNI: ¿Le gustaron las codornices que le envié, señor Galilei? Arriba estaban hablando de usted. Se lo hace responsable por los panfletos contra la Biblia que hace unos días se vendían por todas partes.

GALILEI: Las codornices eran excelentes. De nuevo muchas gracias. De los panfletos no sé nada. La Biblia y Homero son mis lecturas predilectas.

VANNI: Y aunque no lo fueran, quisiera aprovechar la oportunidad para asegurarle que nosotros, los de la manufactura, estamos con usted. Yo en verdad no sé mucho de los movimientos de las estrellas, pero para mí usted es el hombre que lucha por la libertad de enseñar nuevas cosas. Tomemos por ejemplo ese cultivador mecánico de Alemania que usted me describió. En el último año aparecieron sólo en Londres cinco tomos sobre agricultura. Aquí bien estaríamos agradecidos por un libro sobre los canales holandeses. Los mismos círculos que le ocasionan dificultades a usted son los que no permiten a los médicos de Boloña abrir cadáveres para la investigación.

GALILEI: Su palabra es convincente, Vanni.

VANNI: Eso espero. ¿Sabe usted que Amsterdam y Londres tienen mercados monetarios? Y escuelas profesionales también. Regularmente se editan diarios con noticias. ¡Aquí ni tenemos la libertad de hacer dinero! Se está en contra de las fundiciones de hierro porque se cree que con muchos trabajadores en un lugar se fomenta la inmoralidad. Yo me juego por hombres como usted. Señor Galilei, si alguna vez llegaron a hacer algo contra su persona, recuerde que aquí tiene amigos en todos los ramos del comercio. Con usted estarán todas las ciudades del norte italiano, señor.

GALILEI: Por lo que yo sé nadie tiene la intención de hacerme daño alguno.

VANNI: ¿No?

GALILEI: No.

VANNI: Según mi opinión, en Venecia estaría usted más seguro. Menos sotanas. Desde allí sí que podría comenzar la lucha. Yo tengo una calesa de viaje y caballos, señor.

GALILEI: No me veo como fugitivo, aprecio mi comodidad.

VANNI: Seguro, pero después de lo que acabo de oír allá arriba hay que darse prisa. Tengo la impresión de que su presencia en Florencia no les es muy grata.

GALILEI: Sandeces. El Gran Duque es mi alumno y aparte de eso el Papa mismo respondería con un furioso no a cualquier intento de ponerme una soga al cuello.

VANNI: Me parece que usted no sabe distinguir bien sus amigos de sus enemigos, señor Galilei.

GALILEI: Yo sé distinguir la potencia de la impotencia. *(Se aleja bruscamente. A Virginia.)* Cada individuo que tiene algo de qué quejarse me elige como su representante, especialmente en lugares en que no me son nada útiles. He escrito un libro sobre la mecánica del universo, eso es todo. Lo que de allí resulte, no me interesa para nada.

VIRGINIA *(en voz alta)*: ¡Si la gente supiera con qué severidad juzgaste lo que pasó por todas partes en el último carnaval!

GALILEI: Sí. Da miel a un oso y perderás el brazo cuando la bestia tiene hambre.

VIRGINIA *(por lo bajo)*: ¿Pero te ha citado para hoy el Gran Duque?

GALILEI: No. Pero me hice anunciar. Él quiere tener el libro, para eso me ha pagado. Pesca algún funcionario y quejate de que no nos atienden.

VIRGINIA *(seguida por el individuo se dirige a hablar con un funcionario)*: Señor Mincio, ¿está enterada Su Alteza de que mi padre desea hablarle?

EL FUNCIONARIO: ¡Qué sé yo!

VIRGINIA: Eso no es una respuesta.

EL FUNCIONARIO: ¿No?

VIRGINIA: Usted tiene el deber de ser cortés. *(El funcionario le da casi la espalda y bosteza, mientras mira al individuo.)*

VIRGINIA *(de vuelta)*: Dice que el Gran Duque está todavía ocupado.

GALILEI: Oí algo de "cortés". ¿Qué pasaba?

VIRGINIA: Le agradecí por su cortés información. Eso fue todo. ¿No puedes dejar el libro aquí? Pierdes mucho tiempo...

GALILEI: Comienzo a preguntarme qué vale todo este tiempo. Es posible que acepte una invitación de Sagredo para ir a Padua por un par de semanas. Mi salud no es de las mejores.

VIRGINIA: Tú no podrías vivir sin tus libros.

GALILEI: Algo del vino siciliano se podría llevar en el coche, en un cajón, o en dos...

VIRGINIA: Siempre dijiste que ese vino no aguanta el viaje. Por otra parte, la corte te debe todavía tres meses de sueldo, y no te lo van a mandar a Padua.

GALILEI: Eso es cierto. *(El Cardenal Inquisidor baja la escalera. Al pasar hace una profunda reverencia frente a Galilei.)*

VIRGINIA: ¿Por qué está el Cardenal Inquisidor en Florencia, papá?

GALILEI: No sé. Se comportó con respeto. Yo supe lo que hacía cuando regresé a Florencia y callé durante ocho años. Me han ponderado tanto que ahora me tienen que aceptar tal como soy.

EL FUNCIONARIO *(en voz alta)*: ¡Su Alteza, el Gran Duque! *(Cosme de Médici baja por la escalera. Galilei sale a su encuentro. Cosme se detiene un tanto desconcertado.)*

GALILEI: Quisiera presentar a Vuestra Alteza mis diálogos sobre los dos grandes sistemas universales.

COSME: ¿Ah, sí? ¿Cómo están sus ojos?

GALILEI: No muy bien, Vuestra Alteza. Si Vuestra Alteza me permite, yo escribí este libro...

COSME: El estado de sus ojos me intranquiliza, realmente. Me intranquiliza. Eso demuestra que usted tal vez emplea su magnífico antejo con demasiado celo, ¿verdad? *(Continúa su camino sin tomar el libro.)*

VIRGINIA: Padre, siento temor.

GALILEI: ¿No tomó el libro, eh? *(Apagado pero firme.)* No demuestres debilidad. De aquí no iremos a casa, sino a la de Volpi, el cristalero. He convenido con él que en el patio de la taberna debe estar siempre listo un carro con toneles vacíos que me pueda sacar de la ciudad.

VIRGINIA: Tú sabías...

GALILEI: No mires al individuo que nos sigue. *(Quiere salir.)*

UN ALTO FUNCIONARIO *(baja la escalera)*: Señor Galilei, tengo la misión de llevar a su conocimiento que la corte florentina no está más en condiciones de oponerse al deseo de la Santa Inquisición de interrogarlo en Roma. El coche de la Santa Inquisición lo espera, señor Galilei.